

FUNCIÓN Y VIGENCIA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO

Pablo Mora



En pleno otoño, las bibliotecas resultan el cobijo de lectores y usuarios diversos; la iluminación cambia en los exteriores y la disminución de la temperatura provoca la compañía de los libros; mudan hojas de los árboles para pintar las calles y los pisos de una tinta extraña que en los anaqueles y escaparates se transforma en nuevos títulos. Bajo este umbral de tipografía naranja y negra, sobre roca volcánica del pedregal, la Biblioteca Nacional permanece con sus puertas abiertas oficiando una labor cotidiana que lleva más de 150 años: resguardar buena parte de la memoria que dejamos en documentos impresos, sonoros y visuales. Es cierto, por otro lado, que, a pesar de ser estos recintos refugio para la consulta de libros, son cada vez menos los usuarios que recurren a sus salas de lectura ante la comodidad de adquirir infor-

mación y libros desde sus casas mediante Internet y repositorios digitales. Sin embargo, no por esta razón, las bibliotecas nacionales han dejado de ser fundamentales, a la luz de las nuevas tecnologías de la información y comunicación.

Esta situación, en realidad, es una preocupación de buena parte de las bibliotecas nacionales del mundo. Recientemente en la reunión del congreso más importante de bibliotecas del mundo, la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y Bibliotecas (IFLA), en Atenas, Grecia, el 27 de agosto de 2019, se presentó y debatió este tema como un punto decisivo en aras de fortalecer la función de éstas a la luz de los procesos de globalización de la comunicación e información. Actualmente, las bibliotecas nacionales buscan desarrollar una vinculación más amplia y directa entre su misión patrimonial, de resguardo y su función pública con el propósito de garantizar espacios para que el ciudadano cuente con las fuentes de información confiables y tenga el conocimiento de su patrimonio documental. Esto se traduce en la necesidad de transformar las bibliotecas en espacios más amigables y públicos, no sólo de servicios de información de acceso abierto y salas de lectura confortables sino en la creación de verdaderos centros culturales que ofrezcan múltiples actividades interdisciplinarias relacionadas con la creación, la investigación documental y el fomento a la lectura, pero además con nuevas formas de escenificación que estimulen otras modalidades de conectarse con el mundo de la palabra, la imagen y el sonido. Se trata de transformar esos espacios en recintos asociados a la memoria de la cultura documental que repercutan en la construcción de mexicanos mejor informados. Siete de las bibliotecas más importantes del mundo trabajan en el fortalecimiento de sus sedes externas e históricas con ese propósito: la Biblioteca Na-

cional de Francia (en su sede de Richelieu), la British Library (en Inglaterra), la Biblioteca del Congreso de Washington, la Nacional de Canadá, la de los Países Bajos, la de Egipto y la de Atenas, Grecia.

Sin descuidar el carácter patrimonial de estas bibliotecas, el de garantizar la preservación de la producción editorial y documental de un país para futuras generaciones, con el cumplimiento del Depósito Legal, el control bibliográfico y la elaboración de una bibliografía, en nuestro caso mexicana –fuentes imprescindibles en la generación de conocimiento–, varias son las acciones que se pueden realizar en la Biblioteca Nacional de México (BNM), toda vez que durante el periodo 2016-2019 ya están planteadas las bases para que esa transformación sea plausible y, a partir de la cual, podamos reivindicar el valor original de una biblioteca nacional en el contexto moderno de los flujos de información y en una era digital, a saber, la de ser un repositorio estratégico que verdaderamente sirva para atender y contribuir a resolver los problemas nacionales. Se cuenta con dos sistemas de consulta a distancia, la Biblioteca Nacional Digital con 5 451 títulos, equivalente a 2 413 104 de imágenes, y la Hemeroteca Nacional Digital con 942 títulos, que corresponden a 7 000 000 de imágenes, la creación de nuevos sistemas de información (Sihena), la modernización de la catalogación con el código de catalogación RDA, el proyecto del Centro de Preservación Documental en Juriquilla, el documento de reforma de Depósito Legal, la recuperación del espacio original de la Biblioteca Nacional en el Centro Histórico de la Ciudad de México, la capilla de la Tercera Orden, en el ex-templo de San Agustín, un Acuerdo de creación del Consejo Consultivo y Presidente honorario de la BNM, la creación de la revista académica, *Bibliographica*, y la modernización del *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, con

el propósito de difundir nuestro patrimonio nacional, entre otros asuntos.

Es cierto que con el cambio de gobierno en el 2018 se ha puesto mayor empeño en recuperar y poner en acceso libre todo el patrimonio de la memoria histórica y cultural de México. Por primera vez hay un verdadero interés por construir puentes de difusión e información para que los mexicanos conozcan mejor su patrimonio cultural. Sin embargo, esta labor, hay que recordar, procede de una preocupación mundial que lleva años estableciendo directrices para garantizar la memoria y su acceso a ese patrimonio cultural, que es de los países y del mundo. Particularmente, en ese proceso, las bibliotecas nacionales juegan un papel fundamental. Se trata de repositorios decisivos en cada nación porque garantizan la lectura de esos documentos antiguos y nuevos; elaboran en sus catálogos registros más completos y controlados de la bibliografía nacional con criterios y sistemas de catalogación internacionales; elaboran herramientas para que se repliquen digitalmente y lleguen a un público cada vez mayor de ciudadanos sin descuidar la preservación analógica y digital de la memoria documental. Por ello son recintos de generación de conocimiento puntual y contribuyen en la formación de ciudadanos del mundo. Una de sus formas de realizar estas funciones es a través de los procesos modernos de trabajo y tecnologías de información que por años lleva realizando la BNM y que, bajo resguardo de la UNAM desde 1929, ha construido una de las mejores bibliotecas nacionales de la región iberoamericana.